XXI

Biblioteca Mignon

JACINTO BENAVENTE

CARTAS

DE MUJERES

1.ª Serie.

Ilustraciones de Marín.

MADRID

B. RODRÍGUEZ SERRA, DIRECTOR

Calle de la Flor baja, 9.



BIBLIOTECA MIGNON

CARTAS DE MUJERES

BIBLIOTECA MIGNON

—

OBRAS PUBLICADAS

I. V. Medina.—*Aires murcianos*
II. **A. Palacio Valdés.**—*¡Solo!*
III. Clarín.—*Las dos cajas.*
IV. Ricardo Wagner.—*Historia de un músico en París.*
V. González Serrano.—*Siluetas.*
VI. J. Valera.—*El pájaro verde.*
VII. Luis Bonafoux.—*Risas y lágrimas.*
VIII. J. O. Picón.—*Cuentos.*
IX. R. Becerro de Bengoa.—*El recién nacido*
X. J. O. y Munilla.—*Tremielga.*
XI. José M. de Pereda.—*Para ser buen arriero...*
XII. Alfonso Daudet.—*Una anécdota del segundo Imperio.*
XIII. V. Blasco Ibáñez. — *La cencerrada.*
XIV. G. Martínez Sierra.—*Almas ausentes.*
XV. Enrique Menéndez y Pelayo.—*A la sombra de un roble.*
XVI. G. Núñez de Arce.—*Sancho Gil* (novela fantástica).
XVII. Blanca de los Ríos.—*Melita Palma.*
XVIII. Arturo Reyes.—*Cuentos andaluces*
XIX. Pedro A. de Alarcón.—*El clavo* (causa célebre).
XX. M. Tolosa Latour. —*Hombradas.*
XXI. J. Benavente.—*Cartas de mujeres.*

EN PRENSA

XXII Narciso Oller.—*La bofetada* (novela).

XXI

Biblioteca Mignon.

J. BENAVENTE

CARTAS DE MUJERES

(PRIMERA SERIE)

Dibujos de R Marín.



MADRID

B. RODRIGUEZ SERRA, DIRECTOR
Flor baja, 9.

Imp. de A. Marzo, Pozas, 12.



J. BENAVENTE

CARTAS DE MUJERES

(PRIMERA SERIE)

I



....

....

Aunque no lo habrás olvidado, te recuerdo que mañana estás convidada á pasar el día conmigo. No dejes de venir tempranito. Tenemos que charlar mucho. Aquel caballerc se atrevió por fin, como se esperaba. No parece tan tonto como creíamos. Es



muy juicioso y habla con formalidad de casarse. Pero, con todo, no me conmueve; en cambio, el otro tuno me da muy malos ratos. ¡Estoy furiosa conmigo! Mamá tiene razón; pero, ¿qué le he de hacer? Como cantan en *Carmen: Al que me quiere, yo no le quiero...* Siempre pasa lo mismo. En fin, hijita, estoy tan harta, que si esto sigue, me dejaré querer y me casaré sin cariño, y trampa adelante. Acaso sea lo mejor, porque cuando una quiere de veras, todo son disgustos.

Hasta mañana. No faltes, alma mía.

***

P. D. Traeme algún libro que me interese.



II

Papá y mamá me encargan que te diga que llegó el hermanito. Llegó ayer por la mañana, muy colorado y dormido, y todavía no se ha despertado; pero se conoce que sueña y llora mucho. Dice papá que te diga que yo le quiero mucho, y voy á ser su madrina y á regalarle los jugue-

tes que no me sirvan; y eso que tengo muy pocos y todos me sirven; pero cuando tú me mandes otros nuevos, le daré los que tengo ahora; aunque como es niño, no le van á gustar. Ya te mandaré dulces del bautizo. También voy á bautizar á la muñeca que me mandaste. Muchos besos de todos y míos también. Tu nieta.

***





III

¡Ocho días sin verte! No sé de ti cómo te habrán parecido; de mí sé que han sido muy largos y muy tristes. No morirá de empacho nuestro cariño; pero pudiera morir de hambre, y de ningún modo quiero que muera.

Sé muy bien, es desgracia mía saberlo todo, que, á pesar de tanta reserva, nuestro cariño no es un secreto para algunos. Saben poco; pero murmuran mucho. Tal vez si lo supieran de todo se ocuparían menos en atisbarnos. En su afán de seguir una pista cierta, temo que se ayuden en su rastreo, de quien ellos han de juzgar más interesado en seguirle, del único que lo ha ignorado todo, porque es el único que puede separarnos, según derechos exigibles, intransferibles é imprescriptibles. ¡Ya ves si conozco bien los tales derechos! De los demás nada me importa; ni de él tampoco me importaría si estuviera más segura de tu cariño. Pero me asusta hallarme tan decidida y sentirte tan apocado. Así me has visto temerosa muchas veces, porque me asustaba yo misma de

parecer más atrevida que tú; de tal modo ponderabas los riesgos de nuestro cariño. Yo sólo veía uno: que me faltase el tuyo, y ese lo veo más cuando menos te veo. Fío tanto en la elocuencia de mi corazón, que á tu lado, y hablándote yo, sé bien que no hay fuerzas contra mí en tus razonamientos ni en el mundo entero. ¡Pero tú solo, y peor que solo entre tus amigos!... ¿Cuántos planes tan bien trazados no formarás en contra mía? ¡Y no estar yo cerca, que sé leerlos clarísimos en tu frente antes de que tú mismo hayas podido percibirlos en los escondrijos de tu pensamiento, en esos antros obscurísimos que yo quisiera escudriñar, porque se me antoja que hay en ellos mucha negrura, mucha, donde enterrarme á mí con mi recuerdo! ¿Vale la pena de quererte tanto, para

no ver nunca satisfecho mi cariño? Te veo y te hablo todos los días, es verdad. Pero ¿cómo? Rodeados de gente, en el teatro, en un baile... Una mirada, medias palabras: eso es todo, y aun eso procuras esquivarlo cuanto puedes. ¡Cuántas veces fuí á dar rienda suelta á mi corazón, aunque sólo fuera en una palabra, y con una mirada dura me contuviste, y la palabra se quedó aquí dentro y con ella revuelto un turbión de sospechas y de dudas, que en su batallar me destrozan el alma! Con eso consigues que, como ellas son tantas y sólo de tarde en tarde puedo pedirte cuentas, muchas se queden sin aclarar, y constituyen una deuda perpetua que de seguro no cobraré nunca. ¿Te parece que estoy de buen humor porque te hablo en broma?... Pues estoy desesperada,

querido mío, decidida á todo. (Se me figura que frunces el entrecejo al leer esto.) —Aquélla decidida á todo—te dirás—; escándalo ó compromiso tenemos. No, no temas; respeto mucho tu tranquilidad y tu honor. (Porque no hay duda que tú perderías mucho si esto se descubriese.) En fin, ¿á qué rodeos? Necesito verte todos los días, todos.. ¿Entiendes? Y no así de sorpresa ni de refilón, sino despacio, muy despacito, como quien no tiene que hacer más que quererse, quererse mucho y siempre. ¿Por qué sacrificar nuestro cariño? ¿Quién nos agradece el sacrificio. Todo lo tengo y sólo la falta de tu cariño me hace desdichada; señal de que para mí vale más que todo ¡Pues váyase todo y quede tu cariño! Estás asustado, ¿no es verdad? Y no hay remedio; mis pala-

bras imprudentes quedan escritas; puedes leerlas y releerlas y cada vez te parecerán más desatinadas. . Por eso, porque tengo que decirte muchos desatinos y no quiero perpetuarlos escribiéndolos, quiero verte muy pronto. Tú dirás cuándo. Ve pertrechado de toda tu serena y razonadora elocuencia, que yo hice tal acopio de la mía, fogosa y arrebatada, que tengo por segura tu derrota. He dicho que deseo verte muy pronto. Veremos tu calma Perdona mi impaciencia y mis locuras, que todo es por quererte demasiado. ¡Ingratísimo! ***





IV

¡Buena idea has tenido en pedir luces á mi experiencia para guiarte en el paso arriesgadísimo que vas á dar muy pronto! Sólo el ser yo como dices, y como creí siempre, tu mejor amiga, justifica tu pretensión. Sobre asunto tan importante y tan decisivo como el matrimonio, la experiencia

y la opinión particular de una persona, así fuese la cordura y la sabiduría misma, no significan nada. Bien sabes que cada cual habla de la feria según le va en ella, y por mi parte sólo podría pronosticarte venturas, si dos años de matrimonio fuesen caución suficiente para lo venidero. Muy pobre es mi experiencia; como no me costó pena alguna adquirirla, que es libro tan difícil el suyo, que de sus letras bien puede decirse que entran con sangre. Pero tu carta me ha hecho reflexionar sobre muchas cosas que, si recogidas al paso, estaban confundidas y desaprovechadas en mis recuerdos, y ahora, conforme las saco á luz y las considero, hallo no poco provecho y advertencias en ellas.

En primer lugar, y aunque al decírtelo pierdas la seguridad mayor

de tu acierto, debo advertirte, y lo afirmo con tal aplomo porque es donde hallo mi experiencia más autorizada, que por mucho que creas conocer á tu futuro, así vuestro trato haya sido tan profundo y tan íntimo como lo permiten relaciones amorosas prolongadas, te casarás sin conocerle. Más aún: te casarás con un hombre distinto por completo del que has conocido. No lo tomes á broma. Ya ves si yo creería conocer á mi esposo cuando nos casamos; cuatro años de relaciones; nuestras familias, conocidas de toda la vida; pues nada: al día siguiente de mi boda, ¿querrás creerlo?, aquel hombre era otro hombre. Hasta en su voz había diferentes inflexiones; hasta su cara me parecía la de un extraño. Y ya comprenderás que si desde el primer día fué modelo de esposos,

no fué la causa de tal apariencia desilusión suya ó mía. Matrimonios habrá trazados por interés ó conveniencia, ó por una pasión arrebatada, en los que tenga un cambio tal motivos racionales; pero en mi caso era ilógico, absurdo, ridículo. Ridículo, sí. Figúrate, yo tan habladora que durante nuestras relaciones no dejaría la palabra ó la pluma ni la mitad de las horas del día, contando las del sueño, y aun soñaba á voces, verme callada como una muerta, mirando como tonta á mi marido, sin saber ni encontrar qué decirle... De recordarlo me río sola.

Quisiera yo explicame entonces, y á mi vez explicarte ahora, la causa de mi situación, á mi entender tan inverosímil; y al cabo de pensar y meditar sobre ello, deduzco que mi

caso es lo más natural y generalísimo á cuantas en mis condiciones se casan. Si tus amores (y pondria las manos en el fuego por asegurarlo) han sido como los míos, suma de honestidad y respeto, es indudable que sólo conoces de tu novio... ¿Cómo diré yo?... (Perdona los tachones; pero no quiero olvidar que todavía estás soltera, y sin pensarlo me he metido en terreno resbaladizo). Sólo conoces de él, decía, al hombre social. No sé si me explico; pero bien quiero que me entiendas. Digo al hombre social, al hombre vestido en oposición, al hombre primitivo, al... (Hay que soltarlo, no hay más remedio). Al hombre desnudo. (Estoy sofocadísima; aquí rompería la carta, si mi vanidad no la juzgase digna de figurar en antologías y epistolarios para gloria de esta ma-

dame de Sevignè, española.) Vela mi concepto atrevido ampliando su significado, y supón que la desnudez y la vestidura se refieren á lo espiritual y son imagen de la educación y respetos sociales, opuestos á los naturales y primitivos instintos del hombre. (Salgo de este parrafito desorientada). Vuelvo á mí tema. Quedamos, pues, en que de la noche á la mañana el hombre á quien no conocías sino, digámoslo así, por el forro (y toma también esto del forro en sentido espiritual, si te parece); aquel hombre, más que de carne y hueso, formado en tu idea, de sus prendas de sastrería, á quien desde luego conoces mejor por la manera de llevar el frac ó por la hechura de su levita, que por sus señas corporales; aquel hombre, que no había tenido contigo más expansión de la

permitida en sociedad, á quien, si en absoluta confianza, sólo has visto y tratado de vista, se te presenta de pronto en la intimidad de sus costumbres. Y á mi cuenta, sin percibir cuanto nos choca su nuevo aspecto. Sólo le has visto sentarse, pasear, bailar, saludar, tomar una taza de te ó un helado, como á todo el mundo, con más ó menos finura; pero con ese matiz descolorido, que es el uniforme de la educación en sociedad; y ahora le ves comer sin ceremonias y tumbarse en los muebles y acostarse y levantarse y quitarse las botas.. Recuerdo este detalle por el efecto que me hizo .. Y no lo dudes; como, según dicen, las actitudes del cuerpo determinan á veces el estado del pensamiento á tal punto, que así esté más alborotado y levantisco tu espíritu, si juntas las manos y bajas

los ojos en actitud de plegaria, concluyes por amoldar el pensamiento á su expresión anticipada; así, las nuevas actitudes de tu señor marido determinan expresiones conformes con ellas, y de aquí un nuevo modo de ser que te extraña, te desconcierta y te haría, si no te dominases, llamarte á engaño y pedir el divorcio por substitución de persona. Tanto más, cuanto por su parte, y aunque los hombres no son muy avisados, tu marido ha de notar en ti el mismo cambio. Con estos precedentes, bien estará que desbarates la imagen risueña de esa luna de miel, tan ponderada por los solteros ó por casados desdichadísimos, que no hallaron después cosa mejor que recordar del matrimonio. De mí sé decirte que no he pasado ratos peores en mi vida. La alteración en las costumbres, el

temor á cada paso de algún desacierto en el manejo de la casa, temor de que no te alivian ni las alabanzas cariñosas de tu marido, porque las juzgas mera galantería, y á veces, según tu conciencia, burlas disimuladas; todo, en fin, me tenía en una situación tan violenta, en una tensión de nervios y de espíritu, que si procuraba hacerme superior por no disgustar á mi marido, apenas sola, ya me tenías llorando sin consuelo y sin poder precisar la causa de mi llanto. Y era fácil de comprender también la contrariedad en mi esposo. Aunque las relaciones amorosas, á modo de prisión preventiva hayan acostumbrado al hombre á la pérdida de su libertad, todavía las conveniencias sociales le dejan libre y lejos de ti algún tiempo. Pero maldijo por ello tantas veces, y tantas

veces perjuró desquitarse de aquel tiempo, no separándose de ti nunca, que, claro está, por lo menos en los primeros días de matrimonio, se ve comprometido á mantener su palabra imprudente y no acierta á separarse de ti; y si él no se atreve á decirte, por no darte un disgusto: — Vaya, hijita, la vida es muy larga; hay tiempo para todo. Voy á dar una vueltecita, y siquiera traeré algo que contarte. ¿Cómo serás tú la primera en proponérselo, así comprendas que rabia por ello, cuando á su vez puede juzgarlo indicio de indiferencia ó falta de cariño? Nada, hay que aburrir y aburrirse á sabiendas. En eso estriba la felicidad de la luna de miel. Si no temiera asustarte, sentaría este axioma: *La luna de miel es el peligro mayor del matrimonio*. De cien matrimonios

desgraciados, noventa y nueve lo son por haber tomado en serio la luna de miel. No te encareceré bastante la supresión, ó abreviatura por lo menos, de esa especie de sinfonía del matrimonio, que no armoniza con el resto de la obra y suele terminar con una discordancia. Al día siguiente de la boda iniciarás una vida normal, ordinaria. Al levantarte, en vez de prolongar un dúo fatigoso, dirigirás las faenas de la casa y no impedirás á tu marido la asistencia á sus obligaciones, ni siquiera la lectura acostumbrada de sus periódicos. Si quieres que el dulce astro luzca por siempre en el horizonte de tu matrimonio, ten en cuenta que la miel es manjar indigesto; no te atiforres como glotona: toma tan sólo en raciones pequeñas lo que baste á sazonar el pan nuestro de cada día.

Los amorcillos juguetones, cortejo del noviazgo, deben retirarse apenas Himeneo enciende su antorcha sagrada. Contradigo aquí á muchos que, según textos de comedietas y cuentecillos franceses, tratan de aligerar la carga del matrimonio despojándole de toda gravedad y trascendencia. Tomándole, con ayuda del divorcio, á modo de concubinato legal, de amorío pasajero y alegre. Aconsejan los tales el empleo de toda clase de especiería picante en el aderezo del para ellos desabridote guiso matrimonial. Creen así evitar el deseo curioso de las comidas fuera de casa, como si la curiosidad y el apetito desordenados se contentasen nunca, y en el ramo de salsas picantes no cupiera comparación y variedad entre cocineros distintos. Cuestión de estómagos es

ésta, varios, como son varias las personas, y proponer á todos el mismo régimen alimenticio, me parece desatino mayúsculo.

Absorta en la afluencia de mis ideas, fuí llenando cuartillas, y ahora que levantan un buen montón,



abruman mi conciencia. Por fortuna, mi marido tiene franquicia postal; de otro modo fuera el envío de mi carta grave falta de economía doméstica. Y aún reparo en mil cosas que sin anotar se quedan. Algo del arte diplomático, indispensable para desenvolverse en el matrimonio; algo de una coquetería virtuosa; suerte de paz armada, imponente, pero no

tan ruinosa como la europea... y tantas otras menudencias, que dejo para cuando ya estés casada y pueda hablarte con mayor libertad y desahogo.

***



V

¡Madre de mi alma, también yo soy madre! ¡Con cuánto orgullo escribo esta palabra que me iguala á ti, santa y adorada madre mía! Soy feliz; sólo me apena comunicarte por

escrito mi alegría, cuando quisiera, para hacerla mayor, tenerte á mi lado y confundir tus besos con los del hijo de mi vida. ¡Te debo tantos, madre mía! Por todas las ingratitudes, por todo el despego con que habré pagado tu cariño, por todas las lágrimas que te hice verter, de rodillas te pido perdón, ahora que me estremezco al pensar en una ingratitud de este pedazo de mi vida, que es todo mío y sólo por mí vive. ¡Si fuera siempre así! ¡Si no necesitara para vivir más espacio que el de mis brazos, ni más calor que el de mi pecho! Ahora comprendo lo que es ser madre; con llanto de alegría empecé esta carta, y sólo al pensar en un temor lejano lloro afligida. ¡Pero qué amor inmenso éste de madre! Tan inmenso, que parece que el alma se agranda para contenerle. ¡Y

cómo todos aquellos disgustillos y celeras de novia, que al confiártelos te habrán hecho sufrir muchas veces, me parecen ahora cosa de nada! No, mamá; ya no soy lo niña nerviosa, antojadiza; ya no me dan ataques ni desconfío de mi pobre Julián, que es muy bueno. No puedes figurarte sus atenciones y desvelos conmigo. No se ha separado un instante de mi lado, y en los momentos de peligro tanto le abrumaba su desairada impunidad en mi sufrimiento, que con lágrimas en los ojos me prometió que por nada de este mundo quisiera verme de nuevo en aquel trance. Ahora me río y él también, porque el peligro está en el primero, y ya, gracias á Dios, ha pasado.

Son muy bonitos los modelos de talmas y gorritas que enviaste. No

te pido más por ahora, porque es un modo de crecer el de este hijo mío, que de un día á otro todo le está pequeño. Es una hermosura; ya conoce y se ríe. Ven muy pronto, mamá, en cuanto pase el frío, y será el día más feliz de mi vida. Julián te saluda y no me deja escribir más, porque aún estoy débil y teme que me haga daño. ¡Siempre tan cariñoso! El muy pícaro ha leído de reojo la florecilla y me la paga con un beso. ¡Qué mejor firma para una carta que es toda felicidad, madre adorada!

***



VI

Perdona, hijo, pero no es cosa para escribirme de esa manera. A última hora tuve unos dimes y diretes con Gonzalo, me sofoqué y se me quitó el humor de bromas. La tonta de Paca no quiso ir sola ó con la francesa, y por eso fué el daros plantón. Bastante lo sentí, y otra vez será; pero no me eches en cara el gasto de la cena, que más perdí yo la otra noche por andar á brazo partido contigo, cuando se me cayó la perla del pendiente. Ya podíais comprarme otra entre todos los amigos, que no tocaríais á mucho. Hasta la vista, mal genio, y no dejes de

mandarme mañana los billetes del Real; pero mándalos, si puedes, como los del despacho, no con vo-



lante, que aquél todo lo olisca y se escama, y luego no puedo cobrárselos. Expresiones á Chipilín, y que buena le espera de Paca. ***

VII

He pasado toda la noche leyendo la *Imitación de Jesucristo*. Sus hojas están empapadas en mis lágrimas. Aunque no le debiera más que haber podido llorar al fin, gran alivio me hubiera dado su lectura. Pero me ha dado más, padre mío, me ha dado calma y consuelo. Todos los desengaños, todas las tristezas del mundo parece que han dejado en el sublime libro un lamento, y unidos exhalan uno tristísimo por lo grande, pero consolador por su misma grandeza. El impío mayor ha de leerle con res-

peto. En él todo humano dolor se anonada, porque es mar inmenso de humanos dolores. En él todo orgullo se humilla, porque desnuda toda mundana pompa para mostrarnos la poquedad y miseria de dentro; porque descarna toda corporal hermosura para mostrarnos carroña de muerte. ¡Aquel ídolo mío quedó así descarnado en mis brazos, mueca de calavera lo que fué sonrisa, en un rostro todo luz y hermosura; y mi orgullo se escondió avergonzado en en lo más hondo y dejó de ser orgullo para ser compasión dulcísima, compasión por cuantos sufren como yo en el mundo, por quien es causa de mi sufrimiento, y acaso sufrirá como yo algún día! ¿Qué es esta pena mía en la inmensidad del dolor humano? Toda pena es grande para un corazón pequeño. Yo engrande-

ceré el mío para que en él quepan los dolores todos del mundo, y sea entonces, éste que hoy le llena gota de agua perdida, imperceptible. Todas las energías de mi alma, antes concentradas en un sólo objeto para no producir sino sacudimientos estériles, terremotos morales, serán ahora, esparcidas y gobernadas sabiamente, fuerza fecunda mostrada á la superficie, como las fuerzas fecundas de la tierra, en vegetación benéfica, no en cataclismos asoladores. ¿Pero quedarán fuerzas en mi alma? Este sosiego de mi espíritu, después de horrible lucha, ¿es paz de triunfo, ó acabamiento de muerte? Habla el sublime libro de miserias humanas, y mi abatido espíritu, como soñoliento que anheloso de obscuridad para hacerla mayor cierra los ojos, con los ojos cerrados, sin in-

quietud ni dudas, se hunde con placidez y se anonada en aquella inmensa noche de tristeza. Pero en viva llamarada de fe enciende claridades de aurora, habla el libro de celestiales esperanzas, y mi alma, baja, miserable, apegada al terruño, sierva suya, como usted dice, desconfía turbada y no acierta á elevarse ni á comprender aquellos goces y bienaventuranzas. ¡Condición triste! Podemos imaginar, y de seguro no exceden lo imaginado, las penas del infierno; y el cielo hemos de imaginarlo como mendigo hambriento la sociedad. Lo que es tener hambre sí sabemos; también que hartura es no tenerla. Pero ¿qué sabe el mendigo hambriento lo que es hartura?

Al sentir dentro de mí este frío mortal de abandono y de muerte, y buscar nueva vida al calor de mi fe,

que yo creí ferviente, veo espantada que sólo inercia rutinaria sostenía en mí un tibio fervor religioso, rescol-



do, más ceniza que lumbre. Recuerdo cómo al despertar de mi corazón la idea religiosa saciaba sus anhelos; cómo afluían oraciones á mis labios, oraciones mías, en las que hablaba

á Dios como á un padre, y como á madre á la Virgen Santísima. Á ellos les pedía la salud de mis padres y la de todos mis seres queridos, hasta de mis animales favoritos. Por un palomo rubio que comía en mi mano y me seguía por toda la casa y me besaba con el pico, por mis gatos, por mis muñecas... Á ellos les contaba mis apuros en el colegio y les pedía luces y fuerzas para no dormirme sobre los libros ó no estropear las labores. Á ellos les pedía juguetes y dulces, y días hermosos para pasear, y funciones de magia en el teatro, y á ellos acudía, como á tribunal supremo, cuando con injusticia me reprendían mis padres ó mis maestros. Todo se lo contaba en mis oraciones ¡Ay! También en mi charla de niña todo se lo contaba á mis padres, á mi madre del alma; y el

día primero que dejé de contarles algo, quise figurarme que Dios no lo sabría, y tampoco se lo conté... Empezaron entonces los rezos de fórmula. Trataba de evitar á Dios, como se evita el encuentro de una persona á quien se ha ofendido, porque parece que nos avergüenza y nos humilla. Y la ofensa era cada vez mayor, y el rezo ya no era rezo, y mi Dios era ya otro .. y el alma... ¿Por donde andaba el alma, si caricias carnales y celos de fiera eran sus goces y sus inquietudes? ¡Amor impuro, amasijo de odios y de cariños, besos que sabían á llanto y supieron por fin á sangre! No puedo más. Mi espíritu, que creí fortalecido, aún desfallece. Sin usted, padre mío, nada puedo. Apenas me permitan salir de casa, iré á verle. Perdone, mientras tanto, este desahogo de un

alma afligida. Sentía desbordar algo en mi corazón. Tristezas, odios, amores, esperanzas, restos de su ruina espantosa.

***

VIII

¡Mal hombre! ¡Más que mal hombre, que me veo por ti de esta manera y no eres para venir un día ni para mandar un recado; y ya sé que estás bueno, que te han visto de borrachera y de bullanga, como siempre, que se necesita no tener corazón ni conciencia, pues nunca creí recibir este pago! Todos los días esperándote á la hora de la visita. Te mandé recado con la celadora, y tú como si nada tuvieras que ver conmigo. Pues te aseguro que te has de

acordar, que esa no es acción de persona humana, y la tengo clavada en el alma. Por ti me veo en este sitio y paso esta vergüenza. Bien tranquila vivía yo, ganándome la vida honradamente, hasta que te conocí y me trajiste á este precipicio. Por ti soy ladrona, por ti estoy perdida y por ti vendré otra vez aquí, pero para ir al palo, porque por la salud de mi madre, que te has de acordar. Ya no quiero pedirte favores, ni quiero que vengas, ni verte en mi vida. Otro que tú andaría buscando empeños para ver de sacarme lo mejor posible. Ayer estuvo á verme el abogado, y ya sabes lo que es la curia; como una es pobre, no se toma interés ninguno. Parece un buen señor, y si tú le hablaras y viera que hay quien dé la cara por mí, se tomaría más interés. Ya sabes



que la *Murciana* me debe cerca de una onza, y ahora puede muy bien dártela, que ha vuelto con el *Quico* y todo la sobra. Á ver si no dejas de hacerlo, y vienes á decírmelo y á verme, y no hagas caso de lo que te dije antes, que ya sabes mi genio; pero es que me duele verte tan imparcial conmigo, cuando sabes que yo doy por ti la sangre de mis venas si llega el caso. Adiós; que no te olvides de eso ni de ésta que lo es tuya,

***



IX

Tienes razón. Soy una ingrata; debí escribirte antes y no fué olvido. Nunca me he acordado tanto de tí; por lo mismo, como pasaba horas enteras hablando contigo en imaginación, al pensar en escribirte no sabía por dónde empezar y lo iba dejando de un día para otro, hasta

hoy, que hice firme propósito de no demorarlo un día más. ¡Cuánto diera yo ahora por tenerte á mi lado y hacer efectivas nuestras charlas imaginarias, mejor que ir poniendo un renglón y otro, para que entre ellos, por mucha prisa que me dé á escribirlos, se escapen mil menudencias que no lo son para nosotras, y contadas una por una, serían deliciosas! ¡Qué partido no sacaría de ellas tu travesura! Quisiera yo que fuese esta carta como aquellas graciosísimas tuyas del colegio, dividida en capítulos, con aleluyas y monigotes. Aunque esto pudiera parecer chiquillada, impropia de una señora casada y formal. ¡Señora! Viéndote estoy muerta de risa, cuando pongas el sobre al contestarme. Y si te escribo en broma, no vas á convencerte de lo que te parecerá un sueño,

como me lo parece á mí todavía. Escribiré muy seria, te hablaré de los deberes y derechos de la mujer casada, haré un estudio filosófico-histórico del matrimonio ó bien una poética descripción de mi viaje. Esto será mejor. Va de historia ¿Qué título pondremos? *¿Mi viaje; El Amor en Sleepingcar; Días felices?* Escoge el que te parezca más adecuado y de mejor gusto, y entremos por el capítulo primero. ¿Deseas que te explique mis emociones al verme por fin sola, con el que ha de ser compañero inseparable de mi vida? Pues atiende. Un rato malísimo en la estación. Las despedidas, los lloriqueos, las malicias intencionadas, la curiosidad de la gente, marean, trastornan. Nunca me he sentido menos dueña de mí. No sabía si llorar, si reirme, si callarme; todo me

parecía inconveniente y fuera de lugar. Acabó el suplicio. El tren se puso en marcha. Rendida me dejé caer en el asiento; no sabía lo que me pasaba y cerré los ojos. Nunca me ha parecido que el tren corría tanto. A los pocos minutos, creía hallarme á millones de leguas, que había pasado mucho tiempo desde mi boda y mi partida y que todo quedaba muy lejos, muy lejos... Y entonces sentí verdadera pena y rompí á llorar con amargura. Lloré mucho, hasta que un fuerte golpe de tos hizo que volviera á darme cuenta de mí. El vagón estaba lleno de humo. Me asusté al principio, pero pronto me tranquilicé, apenas vi la causa. Federico, nervioso en extremo, sin dejar de mirarme á hurtadillas, fumaba y fumaba desaforado. El cenicero estaba lleno de puntas

de cigarros; una humareda espesa nos envolvía. El pobre respetaba mi pena silencioso, hallándola muy natural, y no me importunaba con vulgares consuelos. Nunca alabaré bastante su discreción, que entonces más bien me pareció frialdad. ¡Tenía yo una idea del viaje de novios! El incidente del humo fué ocasión propicia para cambiar de actitud. Sequé las lágrimas; era demasiado llorar aquello. Más animosa, intenté poner orden en mis ideas. Pero inútil; en tumulto se atropellaban unas á otras, hasta que mi cabeza entorpecida, trastornada, acabó por unirlas todas y acompasarlas con el andar del tren, que al arrastrar de herrajes y tablones, sonaba en mis oídos con el compás y machaqueo de aquella polca insoportable que aprendimos en el colegio. ¿Te

acuerdas? Pues resonando en mi cabeza, que la fingía tarareada por el ruido del tren, fué... no sé cuánto, hasta llegar á un túnel, en que el mayor estrépito desbarató como por encanto el compás machacón de la dichosa polca. ¡Puedes creerlo! El viaje fué lo más penoso en la historia de mis amores. Después, mi vida ha sido una perpetua fiesta, un derroche de felicidad. Un viaje de placer es agradable por sí solo... ¡Pero viajar, cuando viajar es lo de menos! ¡Visitar lugares dignos de admiración y no admirarlos! Y si alguno por fin, panorama de la Naturaleza ó maravillosa obra de Arte, lograba cautivarnos, gozar nuestra admiración á medias con dulce saboreo de amor, como golosina mordida á un tiempo de dos bocas enamoradas, más por el gusto del besu-

queó que de la golosina. ¡La Giralda de Sevilla, el San Antonio de Murillo, la bahía de Cádiz, la Caleta de Málaga, la Alhambra de Granada! ¿Puede darse más rica miel sobre más sabrosas hojuelas? ¡De-



cirte lo que me ha parecido mejor, decirte siquiera lo que he visto! No sabría. Revueltas mil sensaciones distintas, se combinan en la imaginación como pedacitos de vidrios de colores en un kaleidoscopio. De Granada, sin embargo, conservo una clarísima idea. Entre el riquísimo

caudal de fantasía, fijación de orientales ensueños, campea en un maravilloso camarín, con gentiles trazos, moldeado, un arabesco que dice traducido: «Felicidad, felicidad». Al punto fijé en él mis ideas dispersas y con trazos de luz, de oro y colores, grabé para siempre en mi alma: Felicidad, felicidad. Cuando se me ocurre más que decirte, tengo que cerrar la carta si ha de salir hoy como quiero. ¿Ves qué fastidio? No seas vengativa y contéstame pronto. No sé todavía cuándo nos veremos; nada hemos decidido. Mamá quiere que pasemos á su lado el día de mi santo. Ya te avisaré mi llegada. ¡Cuánto tenemos que hablar! Ahora me acuerdo de las tonterías que decíamos en el colegio cuando hablábamos del matrimonio. ¿Te acuerdas de Lola, cómo nos asustaba con

aquellos misterios? Pues no hay nada de eso ni es como ella decía. En el hotel está una francesa, viajante de una casa de París, con unos sombreros preciosos. La he comprado tres modelos elegantísimos. Piensa ir á Madrid; ye te avisaré dónde, porque de seguro la comprarás algo. Es bastante arreglada.



X

Toda la semana hemos esperado carta tuya ó la noticia de tu nombramiento en los periódicos, pero por tu carta de ayer, veo que todavía no se sabe nada ni parece tan fácil como al principio. Déjate de contemplaciones, y si te dicen que hay mil compromisos, y que es pre

ciso sacrificarse, no hagas lo de siempre y habla fuerte y di que bastantes sacrificios has hecho. No lo que pides; mucho más tenías derecho á exigir. Pero como eres un pacato y te conformas con todo, hacen caso omiso de ti. Nuestra situación actual no te permite esos desprendimientos. Sabes muy bien cómo estamos. Por mí nada ambiciono; pero tus hijas están en la edad crítica de resolver su porvenir. Triste gracia sería, con lo que tú has hecho, por muchos que eran menos que tú, verte ahora pospuesto y menospreciado. Con fecha de hoy escribo á Ordúñez y á la marquesa de Fuente-Saúco. Quedan tres legaciones sin proveer; pero no admitas más que la tuya; no transijas por nada ni por nadie. Si hay novedad, telegrafía. Todo lo tenemos preparado para

echar á correr en seguida. Aquí anuncian los periódicos como seguro tu nombramiento. Anoche tuvimos gente en casa que acudió á enterarse y á felicitarnos. Se improvisó un te que resultó muy animado. Pedraja no dejó de hablar con Pepita en toda la noche. Según dicen, ha ganado un dineral en la Bolsa últimamente. Le invité á hacernos una visita cuando seamos ministros plenipotenciarios. Carmencita sigue con la tontería de Manolo. Según dicen, este invierno en Madrid ha perdido más de seis mil duros en el Casino. Es un calavera; le he prohibido terminantemente sus relaciones con Carmen. La niña está encaprichada, y por eso también deseo que nos marchemos cuanto antes. No te descuides, habla, bulle, revuelve, marea, piensa en tus hijas, piensa en

la situación comprometida de nuestros intereses, y no te dejes quitar lo que por razón y justicia te pertenece. A Tánger que manden á quien quieran, pero Viena es tuya y muy tuya. Besos de las niñas.





XI

¡Sólo Dios sabe cuánto he luchado antes de escribirte! Creí volverme loca. ¡Otra vez he de ser yo quien perdone! Y si los que queremos bien no perdonásemos, ¿qué sería de los que queréis tan mal? ¡Cómo juegas

con mi cariño! ¡Tan seguro estás de que no ha de faltarte! Gentes más prácticas en sutilezas de amor me reprenden, porque te muestro mi cariño sin ambages. Tienen razón. ¿Qué afanes ni cuidados has de tener por conservar lo que sabes muy bien que es tuyo y nadie puede quitártelo? Pero si dejas de quererme, no podrás nunca disculparte con haber dudado de mi cariño. Ya lo sabes, no te inquietaré nunca con celos ni desvíos. Perderás mi cariño, sabiendo que existía grande, inmenso. Si yo fuera Dios, no dejaría dudar de mi existencia á los pecadores; y el que se condenase, sabría muy bien lo que perdía al perderme. No hay tormento comparable á la duda ¡Ay, Dios mío! ¡Si tu cielo pudiera abrirse y al par el corazón de los que amamos! Si la duda no fuese posi·

ble, ¿quién se condenaría? ¡Y quieres que no sufra, si es para mí quererte un infierno de dudas! No creo en ti, no puedo creer; este es mi tormento. ¿Por qué? Porque todo me demuestra que en el amor se juega siempre una partida desigual. Uno que quiere, otro que se deja querer. Si el cariño que sobra de un lado no acudiese á reparar el desequilibrio del otro, no habría castillo de naipes levantado por el amor, que no viniese á tierra al primer soplo. En nuestra partida me tocó en suerte el papel difícil y triste; querer á quien se deja querer y sin embargo más lo parece el tuyo, según estás en él de torpe. No hay ceguedad que valga para no verlo, y cuidado si mi ceguedad es grande. No tienes para tus faltas mejor abogado que mi corazón. Antes que tú, discurre mil

disculpas para cada una; tan bien buscadas, que al oir las tuyas, me parece mejor cualquiera de las que antes mi corazón te previno. Vuelve, pues, á verme. Pero no vengas apercibido de mentirosas disculpas. No quiero oirlas; si nuestro cariño ha de vivir por virtud del mío, él me dará remedio para todo. No me quieras, déjame quererte.





XII

¡Qué bien has hecho en acordarte de mí! Sabes que mi amistad no puede faltarte nunca. ¿Y pides que te juzgue? Todo el día estuve llorando después de leer tu carta. ¡Pobrecita mía! Y ahora confidencia por confidencia. También yo sufro;

me casé como tú, ya lo sabes, como nos casamos todas las muchachas de nuestra clase. Nos educan, según dicen, para que podamos presentarnos en el mundo. ¡Pero qué mundo tan pequeño! Cabe todo él en un salón de baile. Y así es. Al presentarte en el primer baile, oyes decir: este es el mundo. El mundo. para el cual te han educado. Por el que has aprendido francés, inglés, equitación, dibujo; por el que gastas un dineral en trapos; por el que oyes música en invierno, vas á los toros y á las carreras en primavera y recorres lugares extranjeros en verano y otoño. Aquel primer salón de baile, marca con sus paredes, alejadas por ilusoria proyección de espejos, el límite de tus aspiraciones. Enséñate á respirar en él, porque has de vivir de su ambiente; amolda tu pensa-

miento y tu corazón en la hechura á la moda de que se visten allí todos. Suma tu alma, guarismo insignificante, uno, si quieres; pero un alma al fin, en el alma media, total de una suma de almas insignificantes, ceros á la izquierda de una unidad. Desde ese día, frac más ó menos, conoces á todos los hombres que podrán ser tus novios, tus maridos, tus amantes y tus amigos. Tienes donde escoger. ¿Quién lo duda? Como en los baratillos de á real y medio, las baratijas son diferentes, pero todas valen lo mismo. Si á ti no se te ocurre, ¿qué importa? No faltará quien te dé el guión para buscar empleo adecuado á tus afectos. Para novio elegirás (consejo práctico y moralísimo) únicamente al que pueda ser tu marido. Yo confieso que me gustaban para novios los que

según me decían, no eran buenos para maridos. Para maridos, son recomendados; en primer lugar, los primogénitos grandes de España, ricos y juiciosos. En segundo, los hermanos menores, títulos también y más ó menos juiciosos que los primogénitos. En tercero, cualquiera con las anteriores condiciones, aunque no sea juicioso. En cuarto, los emparentados con familias aristocráticas, que puedan añascar de aquí ó de allá algún titulillo sin grandeza ó sean á lo menos caballeros de Calatrava ó de Santiago, ó cosa, en fin, que trascienda á nobiliaria. Para éstos son condiciones indispensables: mayor riqueza y mejores costumbres; por aquello de lo que no va en llanto, que vaya en suspiros. El quinto lugar, para caso de apuro, como las últimas reservas en la mi-

licia, lo ocupan burgueses de ayer, *parvenus* inmensamente ricos, en orden de preferencia de mayor á menor grado de distinción, de mejor á peor origen de riqueza, etcétera, etc... Dime si cuantos nos tratan de matrimonio proceden de otra



suerte. *Madamminna il catalogo e questo*. Sólo dejan de recomendarnos uno, el que nosotras amemos, sea quien fuere, venga de donde viniere. Como ves, en todos estos casos y lugares, lo de menos al elegir un hombre, es el hombre; lo importante es su condición social, su patri-

monio, su parentela, la casa en que vive, el coche que guía, el caballo que monta, el sastre que le viste. Del primer muchacho en quien yo pensé para marido, sólo recuerdo un trotón inglés, alazán tostado que guiaba en un *buggy* con ruedas amarillas. Tanto es así, que cuando me seguía en paseo, decía yo, ó pensaba para mis adentros: «Ahí está el caballito; ¡qué bien trota! ó detrás viene el *buggy*. ¡Cómo se conoce que es inglés en el ruido de las ruedas!».. De otros hombres recuerdo, porque las aprendí de memoria, páginas enteras de la guía oficial, donde campaban sus nombres, seguidos de retahila interminable de ducados, condados, marquesados, baronías y señorías. Entreteníame yo repitiéndolos en voz alta, presumiendo cuál retumbaría más sonoro,

anunciado en vestíbulos y salones. De otros busqué en la lista de accionistas del Banco, el número correspondiente y calculé la renta de sus acciones, ó me di á visitar los cuartos desalquilados de sus fincas y á ponerlos precio. ¡A tantos pretendí y tantos me pretendieron!... Porque es indudable que los hombres han de tener también su lista y en ella no debía yo de andar muy de las últimas. Allá, entre las aristócratas de caudal saneado, juventud sana y educación sanísima. Después de las aristócratas opulentas y hermosas por añadidura, sumo ideal de perfección, meta del gran *steeplechasse* matrimonial que corren á diario, centenares de mozalbetes y hombres maduros. ¿Y cómo me casé? Como quien saca pareja en una figura de cotillón. Estás en corro con otras

muchachas, detrás los hombres en otro; la música te aturde, la charla te marea. Los dos corros dan vueltas y vueltas en opuesto sentido. ¡Qué correr, qué empujar, qué reir! Suena una palmada, te sueltas del corro, vuelves la cabeza y encuentras á tu pareja, con amable sonrisa, extendidos los brazos para estrecharte en ellos. Acaso te le presentaron aquella noche; acaso le ves por vez primera... ¡No importa! Todos bailan; á bailar. Así me casé. Y en verdad, el motivo que me decidió fué gracioso. Se casaba por entonces María Cruz Fuensalce con Fernando Moncada. Una boda magnífica. ¡Qué regalos, qué vistas! Yo quedé deslumbrada. Un collar de perlas rosa que fué de la Vallière, según dicen, un zafiro cabochón rodeado de brillantes, maravilloso y

qué sé yo... diademas, broches, brazaletes, un tesoro. Ya sabes que la abuela de María Cruz tiene las mejores alhajas de Madrid y las de mejor gusto, y puso lo más rico en la canastilla de María. Pero las ropas excedían á todo en riqueza y



buen gusto; como que la madre de María Cruz es sin disputa la mujer más distinguida de Madrid. ¡Qué ropa blanca! ¡Qué encajes! Unas enaguas de un tul especial, que parece seda á la vista y luego es finísimo y transparente, y á la luz hace visos entre blanco y rosa... que no puede pedirse más en enaguas. En

deshabillés de mañana, había obras de arte, estilo Watteau, estilo Van-Dick, puras preciosidades. Tan pren dada quedé de uno de ellos en particular; el de estilo Watteau, de *surah céfiro y antiguos Valenciennes,* que no pude resistir al deseo de tener uno igual, exacto, y escribí á Robin aquel mismo día y le pedí á papá lo que faltaba á mis ahorrillos para completar los mil quinientos francos en que pude sacar el peinador de mis sueños. Pero papá se se puso furioso; no por el gasto, sino porque le parecía impropio de una muchacha soltera toilette tan costosa. Es una ridiculez, me dijo; una prueba de mal gusto. Cuando te cases, podrás tenerlos iguales y mejores. ¿Sí?—dije yo—. Pues si no está en más de eso el ponerme lo que se me antoje, me casaré en seguida.

Corriente—dijo papá amoscado—. Y el que primero llegó aquel día de mis pretendientes, me halló decidida á ser su esposa. Federico era un buen partido. Lo mejorcito de la lista. Yo también para él y nuestras familias aceptaron muy complacidas alianza tan ventajosa. De cuantos me pretendían, Federico era quizás en el que menos había yo pensado para marido. Su familia asistía á casa con frecuencia, sus hermanas eran íntimas amigas mías; juntas pasamos algunos veranos en su quinta de Zarauz; pero Federico viajaba mucho; á Madrid sólo venía de pasada; sus amigos más íntimos eran diplomáticos extranjeros y nadie en nuestras relaciones, ni su familia misma, supo informarme de su carácter ni de sus costumbres. Concertada nuestra boda, nos veíamos dia-

riamente. Según costumbre francesa, todas las mañanas me enviaba un ramo; después le veía en el paseo de coches; algunas tardes me acompañaba á pie, comía en casa casi todas las noches, y allí se quedaba de tertulia ó nos acompañaba al Real. En el tiempo que duraron nuestras relaciones, no tuvimos ni un disgustillo. Eso sí, nos quedamos sin conocernos. ¿Qué habría dentro de aquel hombre distinguidísimo, de conversación amenísima, que me hablaba de viajes, de teatro, de sociedad, de caballos de coches, sin contradecirme nunca, dispuesto siempre á sacrificarme sus gustos y opiniones? ¡Blanquísima pechera almidonada; por más impenetrable te tuve que milanesa cota de mis antepasados! Verdad que no me esforcé mucho por dar con el defecto de la

armadura. Probé una vez á darle celos y me dijo que no era celoso. Probé á pedírselos y lo tomó á risa. La mayor prueba de consideración —me dijo—que puede dar un hombre á una mujer, es hacerla su esposa. No comprendo que la esposa pueda tener celos de otra mujer. La reflexión no me pareció después muy sólida; pero la expuso en tono tan digno y con tal seriedad, que por el pronto me dejó convencida. Renuncié, pues, á mis escaramuzas, que pudiera llamar de reconocimiento, y me dejé de averiguaciones. Próxima nuestra boda, tenía tantas cosas en qué pensar más importantes. Los días enteros me pasaba en correspondencia con modistas y sastres, mueblistas y joyeros. Sólo el traje de boda me ocupó una semana. ¡Es tan difícil reunir la sencillez

á la elegancia en el vestido de boda! Por fin entre *Robin* y yo dimos con una idea exquisita. *Une vrai trouvaille.* Llegó también el *deshabillé Watteau,* causa inconsciente de mi boda, y mis visitas compitieron con las de María Cruz, y no se habló en Madrid de otra cosa y me casé por fin... y pasaron días y meses. En el aturdimiento de viajes, fiestas, atavíos, lo que menos pude yo notar en mi nuevo estado, fué cambio alguno en mis ideas y sentimientos. Federico era el mismo de novio, siempre cortés, amable siempre; yo me complacía en verme obsequiada por él, no me fastidiaba nunca á su lado y aun le echaba de menos cuando me dejaba sola. Emociones tranquilas, costumbre de cariño, no era más. Así, dos meses. Un día, al cabo de ellos, después del almuerzo, al que

habíamos tenido invitados á varios amigos de Federico, extranjeros la mayor parte, anuncióme su partida para una expedición artística (no recuerdo si á Salamanca ó á Toledo), que duraría cinco ó seis días No sé qué sacudida sentí en mi corazón, algo no sentido hasta entonces. Yo creo que en la cara que puse debió de conocerse. En lo que dije no, porque sólo, como débil protesta, me atreví á indicarle: hace mucho frío, no vayas á coger una pulmonía. ¡Qué vulgaridad y qué tontuna! De tantas cosas como sentía desbordar en el corazón por vez primera, no acudir á la boca sino aquella ñoñería. ¡Hace mucho frío! Frío hacía, sí, pero en el alma, frío de muerte que estremeció todo mi ser, consciente al fin de que jugaba con lo más sagrado del alma en una farsa

de amor insostenible. No tengas miedo. No me hace daño el frío —me contestó agradecido—. Y luego ya solos, mientras preparaba el equipaje, al recordarle yo varias cosillas que olvidaba y pudiera necesitar, con un apretón de manos. me dijo amabilísimo: «¡Qué felices somos!» Esta es la verdadera felicidad del matrimonio; dos esposos que se estiman y se guardan siempre consideración y respeto. ¡Consideración! Sí; por qué forjarse ilusiones. Yo me casé sin amarle. ¿Qué razón había para que él me amase? ¡Consideración y respeto! ¿Para qué pedir más á un matrimonio combinado por cálculos de hombre práctico y caprichos de niña mimada? Pero él, si no amor, habría sentido alguna vez las inquietudes, los goces de una pasión ardiente... Algo sabía yo de

sus amoríos con una mujer casada. A él le bastaba con la consideración y el respeto. (Estas palabritas, que trascienden á inglesas, se me atravesaron). Pero yo no sabía lo que era amar, yo no había sacrificado como otras muchas, ningún ensueño por unirme á él, porque mejor me conviniera. Niñería, capricho sí pudo ser, cálculo interesado, no. Y ahora el amor se venga y exige al corazón su tributo. Bien dice al pie una estatuita del diabólico dios, que compré en Sèvres:

¡Quel que tu sois, voici ton maître,
il l'est le fut, ou le doit être!

¡No querer nunca! Lo que se llama querer... Tanto vale no haber vivido. No; por aturdida, por insubstancial, por ligera que seas, por mucho que disperses y malgastes las fuerzas de tu corazón en mil frusle-

rías, llega un día en que, cansada de todo, las reunes en ti y buscas para ellas más digno empleo. ¡Que feliz fuera yo si el encargo de un traje me divertiese días, como antes, si la compra de unos caballos me abstrajese de toda otra idea! ¡Soy muy desgraciada! He descubierto que tengo corazón. ¿Ves qué desdicha? Y sábelo; quiero, en fin, con toda mi alma; estoy enamorada... ¿De quién dirás? No lo adivinas por mucho que lo pienses... De mi marido. Dirás que no ves causa de desdicha y que peor hubiera sido enamorarme de otro. Yo sí la veo y del segundo punto, si por malo lo tengo en mi conciencia; el corazón siente que le hubiera estado mejor acaso. Puedo decir á mi marido: me casé contigo sin amor, sin conocerte casi; si el día de nuestra boda, al pie del

altar, te hubieran cambiado por otro, me hubiese importado del cambio como del de un tenor en la ópera, por indisposición repentina. Y ahora vengo á pedirte calor y cariño del alma, porque tu varonil hermosura me domina y la quiero para mí sola, porque cuando no hablas conmigo, á quien juzgas sin duda incapaz de comprenderte y nada comunicas de cuanto piensas serio y grande, cuando hablas con tus amigos, olvidando que yo te escucho... te oigo admirada y bebo ansiosa tus palabras y quisiera mejor beberlas boca con boca. . ¿Qué te parece si le espetase una declaración por el estilo? Creería que había perdido el juicio y que me burlaba de él, y adiós consideración y respeto.

¿Qué pensaría de este amor *sur le retour*, violento, exigente, si yo pre-

tendiera que no se apartase de mí un instante, que no me prefiriese á sus amigos para tratar con seriedad cuantos asuntos le interesan? ¡Qué idea tan triste forma una de su condición de mujer, cuando su esposo le replica, al preguntarle cariñosa, qué le preocupa ó entristece: ¡déjame, son asuntos míos, no es cosa de mujeres! ¡Ay! ¡Creelo! Tu amor culpable no te dará mayor tormento que este mío, santo y legítimo. ¿Y crees tú que él lo conoce? Si lloro, lo atribuye á los nervios y se apresura á traerme al médico; si trasluzco mi agitación en mal humor y displicencia, se retira á sus habitaciones sin mostrarme contrariedad ni disgusto. ¡Consideración y respeto! ¡Estoy condenada á ellos toda mi vida! ¡Veces hay que le insultaría, envidiosa de la mujer del pue-

blo, apaleada por marido brutal! No hay remedio. Nunca sabrá cuánto le quiero. Verá en mí á la esposa digna y respetable nada más. Aceptará las caricias de amoríos que al paso se le ofrezcan, sin remordimiento de que yo sufra por ello. A fuer de hombre corrido y avisado se creerá alguna vez en el caso de dudar de mi fidelidad... sin increparme, sin pedirme cuentas de su amor traicionado ni de su fe vendida, satisfecho con que se cubran las apariencias y no tener que darse por entendido. ¡Cuántas veces me suele hablar como por tercera persona, de las que él llama escapadillas de la legalidad, y hasta parece que me traza la línea de conducta en ellas, para que sepa hacerlas sigilosas! Oye el fin de mi historia. Después de batallar con impulsos diversos,

venció la resolución de declararme. No me atreví de día, ni de noche á la luz tampoco. Sentía que una mirada de las suyas, al interrogarme con muda y fría curiosidad: ¿Pero mi mujer está loca, ó qué le ha dado?... Bastaría á turbarme y á enmudecerme confusa, avergonzada. Aguardé la ocasión... Y juntos, muy juntitos, á obscuras, al oído, le fuí diciendo todo. Animada de oirme, las palabras buscadas con trabajo primero, fluían después á par del alma, con el calor del alma sentidas. Nada quedaba en ella. Ya lo sabía todo. La niña caprichosa que se casó sin saber lo que era querer, le quería con toda su alma... ¡Pobre elocuencia del corazón! ¿Qué dijo Federico al oirme? Nada; creyó que le contaba como otras noches, alguna historia de habiillas y murmuraciones de

amigas, como siempre, tonterías sin importancia y desde mis primeras palabras se quedó dormido .. y dormido siguió hasta la mañana siguiente, mientras que lloraba yo desvelada por algo que moría dentro de mí .. Algo que había vivido de mi vida, para mí, nueva vida que estremecía todo mi ser en palpitaciones, ilusión y esperanza de caricias... Antes de nacer, como mi amor, había muerto mi hijo ahogado en mis entrañas.



COLECCIÓN DE LIBROS PICARESCOS

EDICION DE BIBLIOFILO

CON GRABADOS DE LA ÉPOCA, ETC., TOMOS EN 8.º MAYOR

PESETAS 5 EL TOMO

I. *Francisco Delicado.*—«La Lozana andaluza».
II. *Pedro Aretino.*—«Coloquio de las damas», en el cual se descubren las falsedades, tratos engaños y hechicerías de que usan las mujeres para engañar á los simples y aun á los más avisados hombres que de ellas se enamoran, y «La Cortesana».
III. *Agustín de Rojas.*—«El viaje entretenido», con un estudio crítico por don Manuel Cañete, reproducción de la primera edición completa de 1504.
IV. Idem.—Tomo segundo y último.

MANUALES DE COCINA

Célebres recetas culinarias de la Duquesa Martell

0,50 PTAS. EL TOMO

I. «120 maneras de guisar huevos».
II. «125 platos de vigilia».
III. «140 platos de aves, caza y carne».

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y SOCIOLOGÍA

TOMOS PUBLICADOS

I. *Sobre la voluntad en la Naturaleza*, por A. Schopenhauer, traducción del alemán por M. Unamuno, 2 pesetas.
II. *El amor libre*, por Carlos Albert, 2 pesetas.
III. *El héroe. El discreto*, por Baltasar Gracián, 3 pesetas.
IV. *El hombre y el mundo*, por Emerson 2 pesetas.
V. *El origen de la tragedia*, por Nietzsche, 2 pesetas.
VI. *La fuente de la vida*, por Inb Gebirol (tratados primero y segundo), 2 pesetas.
VII. *La fuente de la vida*, por Inb-Gebirol (tratados tercero, cuarto y quinto y último), 2 pesetas.
VIII. *Caracteres y anécdotas*, *Diálogos filosóficos*, por Chamfort, 2 pesetas.

EN PRENSA

Elogio de la locura, por Erasmo, 2 pesetas.



75 cénts.